

cha, cuando llegó al paraje en donde estaba todo el senado en masa, y á su frente Magiscatzin.

Iba en nombre de la república de Tlaxcala á arrebatarle el mando del ejército.

Xicotencal resistió aún.

Pero los senadores hablaron á los caciques, éstos á su vez hablaron á los capitanes, les impusieron obediencia, y no tardaron todos en abandonar al caudillo.

No tuvo éste más remedio que someterse.

Los caciques volvieron con sus tropas á sus provincias y los tlaxcaltecas se retiraron á la ciudad para deliberar sobre el modo mejor de aplacar el enojo de los españoles.

Estos pasaron toda la noche con la mayor tranquilidad aguardando al enemigo.

Al fin supieron que el ejército se habia disuelto, y que predominaba en Tlaxcala el deseo de pactar con ellos una paz duradera.

Estas noticias se confirmaron al dia siguiente, al ver por la mañana muy temprano aproximarse al cuartel general una embajada de los tlaxcaltecas.

CAPITULO XCIII.

La triste necesidad.



RISTE es la condicion de los vencidos!

Aquellos indómitos guerreros, que pocos dias ántes despreciaban á los embajadores de Hernan Cortés cuando iban á proponerles la paz, despues de haberse creido con bastante fuerza para someter á aquellos hombres, á aquellos semidioses, que hasta entónces solo habian conseguido triunfos, completamente abatidos, desesperados de poder contrarestar el empuje de aquel puñado de hombres, acudían á la paz, que ántes habian despreciado, como su única salvacion.

El senado, cediendo á la presion de las circunstancias, acordó el nombramiento de una embajada para que fuese á proponer á Hernan Cortés la amistad de los tlaxcaltecas, dándole excusas y presentándole la actitud hostil que hasta entónces habian tenido como completamente opuesta al espíritu de los verdaderos habitantes de Tlaxcala.

La comitiva se puso en marcha, en tanto que Xicotencal, herido de muerte por la derrota que habia sufrido, se ocultaba en el fondo de su morada devorado por la fiebre, é inquietaba á su amante esposa Amaiza, porque todo hacia creer que la desesperacion del guerrero iba à acabar con su existencia.

La embajada se puso en marcha.

Desde muy léjos descubrieron los soldados de Hernan Cortés á los que la formaban.

Abria la marcha un piquete de indios, que en vez de armas llevaban cargas sobre los hombros.

Seguian cuatro altos dignatarios ricamente adornados con trajes y plumas blancas, emblema de la paz que iban á proponer.

Acompañábales á muy poca distancia los individuos de su servidumbre con sus mejores galas y con los atributos simbólicos del objeto de su misiva.

Cuarenta indios tamenes iban cargados de provisiones.

La comitiva avanzaba con lentitud.

Deteníase de cuando en cuando, y todo hacia creer que sus vacilaciones obedecian al temor, porque era natural que los españoles, despues de haber visto rechazados sus ofrecimientos, no habian de aceptar de los vencidos lo que les habian negado los que aspiraban á ser vencedores.

Apénas descubrieron en las alturas á algunos de los centinelas de Hernan Cortés, hicieron las mayores demostraciones de humildad y obediencia.

Inclinábanse todos hasta tocar el suelo con las manos.

Despues de haber tocado aquella tierra, acercaban las manos á sus labios, y las besaban con grandes muestras de respeto.

Aquellas reverencias, aquellas genuflexiones, solo se empleaban en la etiqueta india para saludar á los príncipes, al emperador de México.

Al fin y al cabo venció el miedo del porvenir al miedo del presente, y se acercaron al pié de la morada.

Hernan Cortés, accediendo á los deseos de Marina, le permitió bajar con unos cuantos zempoales y una escolta de unos cuantos españoles hasta donde se hallaban los emisarios del senado.

—¿Qué os trae aquí? les preguntó Marina en su idioma.
¿Quién os envía? Hablad.

Uno de ellos, que por su edad precedia á los otros:

—Venimos, le contestó, en nombre del senado, legítimo representante de la república de Tlaxcala, á saludar á los vencedores y á suplicarles humildemente paz y amistad.

Inmediatamente les guió Marina á la presencia de Hernan Cortés, explicándole en castellano lo que habian hablado.

Dispuso el caudillo de los españoles mostrar una mezcla de serenidad y dulzura para con los vencidos.

Reuniendo en torno suyo á sus capitanes, concedió audiencia á la puerta de su morada á los embajadores de Tlaxcala.

Las mismas genuflexiones que habian hecho al divisar á los centinelas desde léjos, las repetian en presencia de Hernan Cortés.

Los criados de los embajadores llevaban regalos, que ofrecieron á Hernan Cortés.

El embajador que habia hablado con Marina, fué el que habló despues al caudillo.

Marina sirvió, como en todas las ocasiones, de intérprete.

—No culpeis, gran señor, á Tlaxcala, dijo el indio, de los ataques que ha sufrido tu gente.

Tlaxcala es noble, Tlaxcala es generosa y hubiera aceptado de buen grado la paz, si otras naciones bárbaras que están confederadas con ella, si los otomíes y los chontales no hubieran reunido sus huestes y obligado al senado á combatir.

En vano trató de oponerse á sus designios, en vano manifestó que le habiais enviado embajadores pidiéndole la paz, y que su mejor deseo era pactar amistad con los que de tan luengas tierras venian precedidos de inmarcesible gloria.

Todo fué inútil.

Los soldados, desobedeciendo al senado, atacaron tus huestes y han sufrido el castigo que merecian.

Hoy solo un deseo, solo un grito resuena en la ciudad de Tlaxcala: todos á una piden la paz.

No es el senado: es la nobleza, es el pueblo, quien nos envía

como representantes suyos para pedirte de rodillas que avances cuando quieras con tus soldados á la ciudad, donde podrás permanecer todo el tiempo que gustes, seguro de que no habrá un solo soldado en Tlaxcala que no se considere dichoso sirviéndote y sirviendo á tus soldados como á hermanos.

Olvídate del pasado; confía en el presente.

Hernan Cortés ocultó la satisfaccion que experimentaba al oír aquellas palabras, y aprovechándose de la situacion que su fortuna le deparaba:

—Gran trabajo me cuesta, respondió, acceder á los deseos de Tlaxcala. Mucha benignidad tengo que buscar en mi alma para corresponder á vuestras esperanzas.

No sé siquiera cómo os he consentido venir á mi presencia, ni cómo os he escuchado.

Habéis sido conmigo todos, absolutamente todos, verdaderos criminales, y debiera entregaros para que os castigasen mis soldados.

Pero los poderosos no deben guardar rencor.

Yo os perdono de buen grado.

Yo, que os propuse la paz, no puedo rechazar las súplicas que hoy me dirigís.

Sin embargo, es preciso que yo me convenza de que deseáis sinceramente mi perdon.

Todos mis soldados desean tomar venganza de vosotros, porque la guerra que les habéis hecho ha sido una guerra exterminadora.

Yo reprimiré su enojo.

Yo procuraré ganar su voluntad para que os perdonen.

Si obráis, como espero, con lealtad, al fin y al cabo accederán á vuestras súplicas.

Volved ahora á Tlaxcala.

Comunicad al senado las palabras que acabais de oír, y venid dentro de algunos dias á ratificaros en vuestra proposicion.

Hernan Cortés tomó esta determinacion, porque se sentia enfermo, porque habia hecho esfuerzos sobrehumanos para no verse obligado á caer en el lecho, y queria algunos dias de reposo.

Con su respuesta, no solo lograba, sino que hacia costosa á los tlaxcaltecas la paz, que con tanta sumision le pedian.

CAPITULO XCIV.

Una condicion.



IENTRAS tenian lugar las batallas que hemos descrito, no cesaban de ir y venir correos desde México hasta las ciudades más próximas á Tlaxcala, porque Moctezuma habia organizado un completo servicio de espionaje cerca de los españoles.

Cada triunfo que éstos obtenian, irritaba más y más al monarca, que hasta entónces no habia tenido rival, ni habia encontrado vencedor.

Apénas supo la última y desastrosa derrota de los tlaxcaltecas, comprendiendo que una vez apoderados de aquella república, podrian hacerle mucho daño los extranjeros, no tuvo más que un deseo: el de evitar á toda costa que la paz se llevara á cabo entre los españoles y tlaxcaltecas.

Al efecto envió dos embajadas.

Una á Hernan Cortés.

Otra á la república.

Llevaba esta la mision de estorbar á toda costa la amistad entre los habitantes de Tlaxcala y sus enemigos.

A la otra la habia encargado ofrecer en su nombre un presente á Hernan Cortés, porque le convenia tenerle propicio, y aun hacerle creer que no estaba dispuesto á luchar con él, para poder tomar todas las medidas necesarias á evitar un conflicto como el que habian sufrido los Tlaxcaltecas.

Los emisarios de Moctezuma que llegaron á Tlaxcala encon-

traron á los habitantes de la ciudad en el más lamentable desaliento.

Los embajadores de Magiscatzin habian repetido ante el senado las palabras de Hernan Cortés.

La respuesta del caudillo de los españoles se habia divulgado entre los tlaxcaltecas, y no habia uno solo que no quisiese manifestar á Hernan Cortés la sinceridad de los deseos que les animaban para pactar la paz, y la resolucion que tenian de acatar á los españoles como seres sobrenaturales.

Un continuo clamor se oia en todas partes.

—¡La paz! gritaban los tlaxcaltecas; habiendo perdido en poco tiempo aquella energía, aquel valor, aquella benignidad que hasta entónces les habia caracterizado.

Los clamores del pueblo llegaban hasta la solitaria mansion de Xicotencal, aumentando su pena.

Como sucede siempre en la vida, los altos dignatarios, las personas más importantes de la república, habian abandonado al caudillo.

Si hubiera vencido á los españoles, si hubiera destruido su ejército, si hubiera conquistado la victoria, toda la república en masa habria acudido á recibirle, á colmarle de aplausos.

El entusiasmo popular habia apurado las manifestaciones para demostrarle el agradecimiento.

Habia sido derrotado, y todos los sacrificios que habia hecho, todas las pruebas de valor que habia dado, pasaban desapercibidos para sus compatriotas.

El que hasta entónces se habia distinguido siempre por su pericia militar, por su arrojo, por su abnegacion, veia disminuir en la opinion pública la consideracion que se habia granjeado.

Ni una sola persona se habia acercado á su morada á manifestarle el sentimiento que experimentara por las desdichas que habian sobrevenido.

Llegaron los embajadores de Moctezuma á tiempo en que to-

dos los habitantes de la república en masa pedían á los senadores que fuesen solemnemente hasta el cuartel general de Hernan Cortés á implorar la amistad que últimamente les habia ofrecido el caudillo de los españoles.

Los astutos enviados de Moctezuma pudieron conseguir que todos hicieran una manifestacion al senado, y que tres senadores, acompañados de su servidumbre, corrieran á pedir á Hernan Cortés la paz que deseaban.

Pero empleando la misma astucia, por medio de uno de sus criados más fieles, avisaron á aquellos de sus compatriotas que debían conferenciar con Hernan Cortés, que inspirasen á éste unas condiciones que de seguro harían abortar los deseos de los tlaxcaltecas.

Casi al mismo tiempo llegaron al cuartel general de Hernan Cortés los emisarios de Moctezuma que sus compañeros de Tlaxcala.

Habláronle en nombre del emperador de México, manifestándole que tenia noticia de su inmenso poderío, que habia visto con pena que no queria escuchar sus súplicas; pero puesto que avanzaba hácia la ciudad imperial, deseaba manifestarle su consideracion y su aprecio.

Ofreciéronle en nombre del emperador infinidad de dijes y de preciosidades de oro, que los plateros de aquel tiempo tasaron en mil pesos.

Llevaban asimismo la mision de que detuviera su marcha Hernan Cortés.

Mas no les pareció prudente á la primera visita y cuando se presentaba con la aureola de la victoria á sus ojos, insistir en un deseo que habia rechazado.

Pero valiéndose de cuantos medios estuvieron á su alcance, inspiraron á Hernan Cortés la idea de exigir que la paz que deseaban los tlaxcaltecas le fuese pedida con la mayor humildad

y mansedumbre por el mismo Xicotencal, que con tanto ardor habia combatido.

Cuando los senadores acompañados de numeroso séquito, llegaron á presencia de Hernan Cortés á reiterar los deseos que tenían de pactar con los españoles:

—Accederé á vuestros deseos, añadió Hernan Cortés, si el mismo Xicotencal viene á pedirme vuestro olvido del pasado.

Partieron con la esperanza de conseguir del valiente caudillo de los indios la realizacion de los deseos de Hernan Cortés.

Pero al llegar los embajadores de Moctezuma, habian preparado el terreno, y Xicotencal estaba dispuesto á morir antes que doblegar su cuello á las exigencias de Hernan Cortés.

Uno de los emisarios de Moctezuma se habia acercado al guerrero.

—Van á exigirte, le habia dicho, que te humilles ante el jefe de los españoles.

Vergüenza y oprobio seria para todos el que consumases semejante humillacion.

Si quieres que tu nombre se olvide y se escarnezca, si quieres que el desprecio más profundo escriba el epitafio de tu losa, accede á los deseos de Hernan Cortés.

—No accederé, le dijo Xicotencal.

Al dia siguiente fueron á participarle, en nombre del senado, las exigencias del caudillo español.

—Nunca, respondió á los que hicieron semejante proposicion.

El senado se reunió en sesión solemne, y mandó llamar á Xicotencal para pedirle en nombre de la patria aquel sacrificio; Xicotencal llegó á ser la última esperanza de los tlaxcaltecas.

Los que le habian abandonado corrieron á cercar su casa, á postrarse de hinojos ante él, pidiéndole que los librase del conflicto que les amenazaba.

Xicotencal no quiso recibirlos.

Al dia siguiente fué citado el senado.

Los senadores ocuparon sus asientos.

El pueblo llenó los alrededores de palacio.

Xicotencal no acudió á la cita.

Los senadores enviaron emisarios á su morada para que le buscasen.

Xicotencal no estaba.

Habia desaparecido de Tlaxcala.

La consternacion fué general.

¿Qué habia sido del valiente caudillo?

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTAS DEL TOMO PRIMERO.

(A) Hacíanse estas pinturas de orden de Teutila, para avisar con ella á Moctezuma de aquella novedad, y á fin de facilitar su inteligencia, iban poniendo á trechos algunos caracteres, con que al parecer explicaban y daban significacion á lo pintado. Era este su modo de escribir, porque no alcanzaron el uso de las letras, ni supieron fingir aquellas señales ó elementos que inventaron otras naciones para retratar las sílabas y hacer visibles las palabras; pero se daban á entender con pinceles, significando las cosas materiales con sus propias imágenes, y lo demas con números y señales significativas, en tal disposicion, que el número, la letra y la figura formaban concepto y daban entera la razon: primoroso artificio de que se infiere su capacidad, semejante á los jeroglíficos que practicaron los egipcios, siendo en ellos ostentacion del génio lo que en estos indios estilo familiar, de que usaron con tanta destreza y facilidad los mexicanos, que tenian libros enteros de este género de caracteres y figuras legibles, en que conservaban la memoria de sus antigüedades y daban á la posteridad los anales de sus reyes.

(B) En ambos acontecimientos puede tener alguna parte la credulidad de aquellos bárbaros, de cuya relacion lo entendieron así los españoles. Dejamos su recurso á la verdad, pero no tenemos por inverosímil que el demonio se valiese de semejantes artificios para irritar á Moctezuma contra los españoles y poner estorbos á la introduccion del Evangelio; pues es cierto que pudo, suponiendo la permission divina en el uso de su ciencia, fingir ó fabricar estos fantasmas y apariciones monstruosas, ó bien formase aquellos cuerpos visibles condensando el aire con la mezcla de otros elementos, ó lo que más veces sucede, viciando los sentidos y engañando la imaginacion, de que tenemos algunos ejemplos en las Sagradas Letras, que hacen creibles los que se hallan del mismo género en las historias profanas.

Estas y otras señales portentosas que se vieron en México y en diferentes partes de aquel imperio, tenian tan abatido el ánimo de Moctezuma, y tan asustados á los prudentes de su consejo, que cuando llegó la segunda